

LA SITUACIÓN Y LA INICIATIVA

Concebida como acción de una minoría capaz de dominar a toda la sociedad, sin necesidad de acudir a los temores al infierno y a las armas de fuego, la política viene de la separación del poder civil respecto de la religión y de la guerra. Por este origen y por la reducción de sus fines a los de dominación, el oficio de la política no ha borrado de su rostro sentimental, de su cuerpo retorcido y de su arengadora palabra, las huellas de su pasado eclesiástico y militar. Lo que no es Administración coactiva, es liturgia o amenaza disuasoria. Y para prosperar en las penumbras del conocimiento, la llamada no se sabe por qué ciencia política, tampoco ha elaborado una teoría autónoma que permita comprender su práctica. Lo que no es, en ella, teología, es arte militar.

De la teología procede, además del sentimiento religioso de la omnipotencia del Estado, su literal conversión en Providencia. Un paraíso para pobres, funcionarios y contratistas; un infierno para rentistas y administrados; un limbo para intelectuales; y un templo prodigioso para vivienda de los partidos estatales. Y de la ciencia militar provienen las más precisas nociones de la política, en tanto que acción de conquista y defensa del poder civil en el Estado. Es decir, todo lo que define el predominio de un grupo de personas, entre las fuerzas civiles que operan en un espacio y un tiempo determinados, mediante el control de la situación y de la iniciativa, con la ocupación del escenario y el impulso de la acción. La situación y la iniciativa políticas, siendo decisivas para el conocimiento de los procesos de acceso del poder civil al Estado, son olímpicamente ignoradas por los profesionales de información periódica y los intelectuales de los medios de comunicación.

Los que tenemos cierta reputación de expertos en política sabemos de antemano que la pregunta, indefectiblemente ansiosa, de los amigos o conocidos que no vemos con asiduidad—y que están al cabo de la calle de todo lo dicho o publicado en los medios—, es siempre la misma: «cual es la situación y cual es el momento de la política». Al igual que sucedía bajo la dictadura, se sigue suponiendo que las formas visibles de la política, únicas de las que trata la prensa, obedecen a procesos secretos, cuyo conocimiento está reservado a los que gozan de información privilegiada. Lo paradójico es que también caen en tal suposición, más cómica que patética, los que están en la «pomada» de los procesos del poder o son sus protagonistas. El hecho de que ellos mismos pregunten por la situación y el momento en que se encuentran, demuestra que la dificultad de la respuesta no está en esa supuesta falta de acceso a los secretos del poder, sino precisamente en el exceso de información sobre sus vicisitudes reales o imaginarias. Con libertad de prensa, el poder no tiene otros secretos que los necesarios para ocultar sus crímenes. La ignorancia de lo que está sucediendo en la política proviene de la escasa inteligencia en los análisis de los fenómenos del poder, y de la confusión de la hegemonía política con la hegemonía electoral.



Es una novedad que LA RAZÓN, recién despertada del letargo que produce en la prensa la seducción del poder y del consenso, haya planteado la cuestión de la iniciativa política. Aunque Sentís se refiere al aspecto irónico de la misma —si se deja en manos de una pequeña minoría nacionalista en el Estado, como la del partido de Pujol—, su análisis está basado en la acertada tesis de que la hegemonía electoral, si no coincide con la hegemonía política, se subordina a ella. La tregua de ETA así lo confirma: una pequeñísima minoría, marginada de la situación de poder, se apodera de la iniciativa política y produce un cambio cualitativo en el enfrentamiento nacionalista con el Estado. Cambio que los resultados electorales, por su naturaleza cuantitativa, no pueden reflejar. Por desconocer el valor de la iniciativa, y reducir la hegemonía a la electoral, se incurre en el error general de creer que nada sustancial ha cambiado en la relación de fuerzas. Como si la intensidad y la concentración no pudieran alterar la. Error que al Estado le puede costar su derrota en el País Vasco.

Antonio GARCÍA-TREVIJANO

EXCESO DE TRANQUILIDAD

El anuncio de la tregua de ETA, con su proceso de negociación abierto, ha cambiado el ritmo de vida de muchas personas. Y entre ellas, según ha podido saber Juan Bravo, los agentes de la Guardia Civil han sido de los más beneficiados.

Se han acabado ya aquellas largas investigaciones, de días y días sin dormir y trabajando sobre el terreno, para cazar al vuelo algún dato perdido que permitiese retomar el hilo de un sospechoso de ayudar a comandos etarras. El espía J. B. ha estado estos días revisando el sistema eléctrico de las casas-cuartel de la Benemérita y no ha perdido un momento en contactarle a Juan Bravo que hay servicios de información de la Guardia Civil que se oxidan

una de las características de la política actual es el viaje hacia el centro en que se desembarcan alegremente y llenos de esperanzas, como una pandilla de colegiales que parte de excursión, los partidos políticos, arrancando tanto de la derecha como de la izquierda socialista. En el ámbito del PP este entusiasmo excursionista en los últimos tiempos adquiere rasgos febriles. Se confía en que, a medida que el recorrido avance, se vayan desprendiendo sobre las vías los rótulos de identificación derechista, hasta que a la postre quede la flamante apariencia de un tren puramente centrista, aunque para ello sea preciso impedir que se asomen a las ventanilla ciertas figuras que, otrora, prestaron importantes servicios. Si aun como una reliquia quedaba el apelativo de centro derecha, parece que ahora se quiere representar ya el centro sin más. Con ello la derecha se esfuma. Desaparece como un actor que cargado de ridículo, abuchado por el público abandona avergonzado el escenario.

Por parte de la izquierda socialista, las cosas no son exactamente iguales. No hace falta, ni conviene renunciar a la autopresentación como izquierda. La izquierda en nuestro



país posee un prestigio social—aunque sólo fuera por su importancia en la lucha contra la dictadura—y goza de una mayoría electoral, si sumamos sus votos por encima de las divisiones que la cruzan. Pero los partidos socialistas han ido

renunciando a practicar una política auténticamente de izquierdas, han claudicado en aspectos decisivos ante los grandes poderes de nuestra hora. Y se han refugiado en un desleído centro-izquierda.

De una u otra manera ya tenemos a gran parte de nuestros políticos apiñados en el centro, como en un vagón de metro en las horas punta. La física precientífica hablaba del «horror vacío», del «horror al vacío» como fuerza explicativa de la difusión de los fluidos. Parecería que también gran parte de nuestros políticos están poseídos por semejante horror y se precipitan al vacío. Porque la realidad es que en los proyectos de gobierno de la república humana existe la izquierda y la derecha, pero el centro no es sino el vacío. La noche en que todos los gatos son pardos, el confuso magma en que, escapando de los reales problemas, todo se diluye. Y entonces el viaje hacia dicho vacío revela la vacuidad de la política actual. O, más exactamente, la sustitución del ideario y la acción política por la imagen electoralista, en que sólo se pretende ganar votos.

La afirmación de que la división histórica entre la derecha y la izquierda, se encuentra superada, constituye un falaz tópico de la derecha. Que ahora se enuncia, por millonésima vez y, por mayor arrogancia, con pretensiones de novedad. Tanto los fascismos como la tecnocracia han venido proclamando este final de la lucha política, en nombre de la supremacía de un Estado totalitario —la lucha de clases eliminada por los sindicatos verticales— o en nombre de la complejidad de la maquinaria sólo dirigida por expertos. Pero la realidad es que en la sociedad en que vivimos es una sociedad tensada por fuertes contradicciones. En que, en el orden internacional, una minoría despilfarradora los recursos naturales polucioneros y dirige el desarrollo científico y tecnológico con arreglo a sus intereses. Y en que en el interior de los Estados las políticas del beneficio privado en economía, sanidad, urbanismo, educación, se contraponen a las que sirven al conjunto de la sociedad. Los sociólogos actuales eufemísticamente hablan de una sociedad dual. En verdad es una sociedad cruzada por el antagonismo de intereses entre los privilegiados y la inmensa mayoría. Y ante esta realidad hay que pronunciarse. No basta con la pretendida preparación de los expertos, porque el desarrollo puede ser conducido según opuestos criterios, defensores del orden establecido o creadores de un mundo en que el actual potencial de desarrollo sea reapropiado por la totalidad de los humanos.

Recordemos la simbólica discusión quijotesca. ¿Era yelmo o bacía de barbero aquello que portaba Don Quijote? Para unos bacía, para otros yelmo, lo que no cabe es refugiarse en la componenda de que se trataba de «baci-yelmo». Y no otra cosa hace el baci-yelmista, supuesto y vacío centro.

Carlos PARIS

